

Amor, Deseo e Histeria

Juan Manuel Rubio

rubjuanmanuel@gmail.com

Al recibir la invitación para hablar del amor en la clínica, rápidamente evoqué las historias de amor contadas en el transcurso de los análisis, en especial a través de las quejas de personas a las que llamamos histéricas. Así es como se me ocurrió hablar de estos amores decepcionados.

Al momento de escribir estas líneas, se me presentaron dos problemas, sobre el amor hay muchos discursos y si comienzo por diferenciar desde dónde hablar ocuparía el espacio disponible, por lo que quedará evidenciado a qué me refiero en el mismo discursar, y en segundo lugar, sobre histeria hay más problemas aún, porque desde la desaparición en las clasificaciones de uso oficial a su reconocimiento según sea nuestro campo epistemológico, hay mucho para aclarar, pensemos que desde la mirada es un cuadro clínico recortado desde síntomas, pero desde la escucha puede entenderse como un modo de defensa en un conflicto psíquico (contra el goce), un dispositivo de ordenamiento pulsional, una posición subjetiva del ser, una estructura existencial, un modo de relación transferencial, llegando a ser postulado por Lacan como el discurso de todo analizante.

Para zanjar rápido nuestro problema, en estas líneas la vamos a considerar en análisis como el **relato de una historia de amor donde el protagonista no sabe de su sexo**. Pensemos al respecto simplemente en tantas expresiones que hemos escuchado en el consultorio al estilo de: “Sólo me quieren para eso”. “No encuentro un hombre que me ame por quien soy”. Como la histeria es posición femenina, me refiero a “la histérica”.

La historia de la relación de la histeria y el psicoanálisis las emparenta en su origen, ya que fue Emma quien le ordenó a Freud el trabajo con la asociación libre y la hipótesis de lo inconsciente; éste la plantea a partir de las fallas en su sexualidad que le mostraban sus analizantes. Es también una histérica, Dora, quien le mostró el alcance de la transferencia y por tanto, según una de sus caras, el operar del amor en la cura. Con lo cual, si bien nos referimos al amor en la histeria, vamos a estar trabajando sobre lo que ocurre en una cura analítica.

Yendo al origen, junto a su primera teoría de la seducción, Freud plantea a la histeria de la mujer como consecuencia de la neurastenia (impotencia) del hombre, donde desde el inicio aparece en términos relacionales, siendo **la mujer el síntoma de su hombre**, la carencia que el hombre muestra. Encontraríamos al hombre con dos síntomas: su neurastenia (si lo pensamos desde el tema que hoy nos interesa, lo expresaríamos así: **ella lo impotentiza** en su goce posible) y la histeria de la mujer. En la pregunta por el amor, importa la condición de ser sexuado, y en este caso la relación a la potencia de este hombre y a su condición de seductor.

Sabemos de la contracara de los primeros historiales, son múltiples los relatos donde le presentan a Freud cómo se ubican al servicio de la demanda del Otro, tan típico en el de ser la “enfermera” del padre.

Aunque se plantea un problema en la relación con el hombre. No es simplemente la condición de procurador de goce del otro lo que importa. En la *Interpretación de los sueños* encontramos el relato de la “bella carnicera” o también llamado del “salmón ahumado”, donde esta muchacha bien amada y tratada por su esposo carnicero, sueña con **procurarse un deseo insatisfecho**, donde no quiere lo que desea. Se lo presenta a Freud como un desafío al saber del maestro que sostenía que el sueño era un cumplimiento de deseo. Ubica el tema ya no en relación al goce posible, sino en relación a **un saber sobre el goce** y allí entraría la relación amorosa.

En este mismo relato (del sueño) hay otras pistas para nuestro tema. La respuesta que no encuentra en su hombre –aunque sea un proveedor bien dotado y deseoso de colmarla-, la busca en una amiga. Esta opera como **Otra mujer**, con la que podrá identificarse –la insatisfacción apareciendo en la otra-, siendo la otra la que pone el cuerpo y ella así se preserva, por lo que podemos formalizarlo como: la histérica opera **por procuración**. Esta Otra, es a su vez la que tiene una **respuesta a su pregunta**, como también queda muy claro en el lugar de la Señora K. para Dora.

¿A qué pregunta nos referimos? Si nos servimos de Dora, en su historial el padre impotente deja a su madre sólo como madre, siendo incapaz de darle otro goce. No aparece una comprobación de la diferencia entre madre – mujer, con lo que todo su sexo quedaría limitado al ser madre. Es entonces que ante la cuestión de **¿qué es ser mujer?**, recurre a esa Otra que puede tener una respuesta.

Cabe aquí preguntarse, como no pudo hacer Freud durante el transcurso del análisis de Dora y sí después, **¿en quién está interesada** una mujer cuando busca al hombre de Otra mujer? ¿Es en él o en la otra? Pregunta retórica. Por cierto que para realizar ese triángulo amoroso tan común, **el lugar de identificación es el masculino**, así, para relacionarse con la Sra. K Dora se identifica con el Sr. K., tan es así que cuando este se corre de la escena ella realiza el pasaje al acto que rompe la estabilidad de las dos familias.

Rescatemos estas dos posiciones que mencionamos. **Dora conoce que la otra goza** y es por esto que sostiene el cuarteto completado por su padre y **la Bella carnicera busca impedir que la otra goce** y así sostener el deseo insatisfecho. Dos caras de la misma moneda sostenidas por la Otra mujer. Ella no puede ser el Otro para su hombre, pues implicaría aceptar la incompletad de éste y la entrega de su parte. El modo como Lacan lo expresa en *Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina* es: “El hombre sirve de relevo para que la mujer se convierta en ese Otro para sí misma, como para él”. Este lugar del hombre como relevo es un poco más halagüeño que el otorgado por Freud cuando dice que para una mujer es “un apéndice del pene” y a su vez reconoce en la mujer **otro goce que el fálico**, ya que ésta “se convierte en eso Otro para sí misma”. Si bien, como decimos, la histérica busca responder su pregunta de “qué es ser mujer” en la Otra mujer, ubicándose para ello desde el lugar masculino.

Queda planteado entonces el problema de la identificación en el amor de la histeria. Sabemos de su ductilidad, ya que puede estar en el lugar femenino, masculino para responder la pregunta o en el punto de goce de una pareja como queda claro en uno de los sentidos que cobra el catarro de Dora. Pero, aprovechando este lugar del cuerpo del síntoma, **¿cómo juega el cuerpo** en la relación? Es tan típico el comentario sobre la “ingenuidad” histérica que nos oculta a veces el lugar más estructural cuando nos encontramos con relatos de goces de orgasmos que pueden despistar. Sabemos que en su fantasma vive su cuerpo como no genital y proyectando en el otro lo que en ella aparece como agujero, con lo cual genera una erotización general –vívica por el partenaire como una seducción-, en relaciones muy amplias, que puede llevarla a múltiples aventuras amorosas, con inhibición genital o no, pero sí sin compromiso como mujer, siendo inviolable en su ser.

Cuál es el peligro que la acecha. La **amenaza de un goce** que la ponga en riesgo de la desintegración, con los fantasmas de fragmentación típicos, en una unidad que se disgrega y es vívida como locura. Ante esta negativa a gozar en la entrega, un fantasma viene en su ayuda, que es lo que captamos **en la clínica como angustia de castración**, como amenaza a la parte, así el sufrimiento, la insatisfacción que es diagnosticada tan frecuentemente como depresión. Una solución ideal sería la de concebir un hijo sin sexo, tan posible hoy día, pero como decía una adolescente, qué lindo vivir enamorada y que después nazca un hijo “sin hacer nada”, sin excitación ni relación sexual.

Una concreción de esta perfección aparece en la exigencia de **perfección de su imagen**, para lo cual se dirige a **un maestro que garantice una verdad**, no que procure un goce sino un saber sobre el goce y que garantice la verdad de la ley de la diferencia de los sexos. Pero, sabemos que es un camino que la lleva a la decepción. Reedita su historia. Hubo un padre real de la seducción que la embarcó en el saber sobre el goce, pero impotente como padre simbólico siguió siendo tomada por el goce materno como un superyo exterior, en una fantasmática de relato edípico en reclamo permanente.

En su trampa se **pregunta con tristeza**, ¿es hombre o mujer?, mostrándose **erotizante e insatisfecha**, sometida al Otro en un fantasma de víctima desdichada. Si esta desilusión la puede tramitar en desengaño, puede poner fin a su creencia, pero, como dijimos, conlleva la aceptación de la castración del Otro y la confrontación con el goce imperfecto propio de la mortalidad que implica el riesgo de desear y otra manera de amar, ya que la posible pérdida del objeto amado es condición.

Dicho de otro modo, es en ese camino que sólo renunciando al **Padre Ideal** (perfección del objeto amado, maestro) es como descubre la vía de su castración. Deseo – hallazgo– de ser **amada** por sus **imperfecciones**

Para finalizar aprovecho a puntuar ítems que fuimos enumerando al pasar y nos permiten seguir hablando de histeria.

En su presentación experimenta lo real del síntoma del otro.

En su interrogación sobre el deseo demanda por un deseo insatisfecho, creyendo que su demanda podría satisfacerse como una necesidad.

Interroga con tristeza la diferencia de los sexos, al modo de ¿qué es ser mujer? Erotizante para el otro, insatisfecha para la estructura.

Pone en el tapete el lugar del padre como maestro, mostrándolo en su lugar impotente. Así es como en el amor busca un amo para gobernar sobre él.

En su relación a ser o tener el falo, realiza un sacrificio dedicado a otro al que le otorga la calidad de ser capaz de tenerlo.

Interroga a Otra mujer, no se sirve del hombre para interrogarse, no volviéndose Otro para sí. Juega de esa manera su identificación al deseo del Otro, creyéndolo poseedor de su verdad.

En análisis, de no estar advertidos, el amor de transferencia, al modo del discurso de la histeria, al separar la demanda de la pulsión por la idealización de la identificación, corre los mismos riesgos que las decepciones a las que nos estuvimos refiriendo. Es importante tenerlo en cuenta al escuchar el **relato de una historia de amor donde el protagonista no sabe de su sexo**.

En-claves, invierno 2005